

25 de septiembre de 2022 - 26º domingo "C"

[Am 6:1...7; 1 Tim 6:11-16; Lc 16:19-31](#)

Homilía

La mayoría de las parábolas de Jesús son enseñanzas sobre Dios, en las que quiere mostrar quién es su Padre, siendo la enseñanza moral algo secundario. Pero otras parábolas, como la del Evangelio de hoy, son esencialmente enseñanzas morales. Y la técnica de la parábola consiste en hacer que los oyentes se identifiquen con un personaje y en extraer de esta identificación todas las consecuencias o todas las enseñanzas. Es el caso de la parábola que acabamos de escuchar, la del pobre Lázaro y el hombre rico. Ni siquiera se menciona a Dios.

¿Quién es el personaje con el que nos sentimos identificados en esta historia? ¿Desde luego, no el hombre rico! Tampoco Abraham. ¿Será el pobre Lázaro? No. El personaje o personajes más importantes de esta parábola son los cinco hermanos del hombre rico, de los que se dice: "Tienen a Moisés y a los profetas". Y estos cinco hermanos, todavía aquí en la tierra, somos todos nosotros.

Veamos de nuevo los detalles de esta parábola. Había un hombre rico y un hombre pobre. No dice si era un rico bueno o malo y un pobre bueno o malo. No. El Evangelio nos habla simplemente de un hombre rico que está bien vestido y tiene un suntuoso banquete, y de un pobre que está cubierto de llagas y no tiene nada que comer. Al pobre le hubiera gustado comer las migajas que caían de la mesa del rico, pero no se dice que lo pidiera ni que se lo negaran. Estos dos hombres simplemente viven uno al lado del otro y se ignoran mutuamente, sin malicia ni celos. ¿La única nota de intimidad está en el perro que viene a lamer las heridas del pobre hombre!

El hombre rico no tiene nombre. Representa a todos los que se han dejado alienar por su riqueza. El pobre hombre tiene un nombre cuya etimología es 'el 'Azar, que significa "Dios ayuda". Esto es probablemente un poco irónico ya que Dios apenas le ha ayudado aquí en la tierra. Cuando ambos llegan al otro lado, o "en el seno de Abraham" (no se menciona el cielo, ya que Jesús, hablando a los fariseos, utiliza sus categorías).

Los papeles se invierten. El pobre, que yacía en el suelo, es llevado por los ángeles al seno de Abraham, es decir, al Paraíso; y el rico, que yacía en altos divanes aquí en la tierra, es enterrado. Se ha atado tanto a las realidades de este mundo que permanece encadenado a ellas después de su muerte.

Este hombre rico no fue malvado, sino simplemente inconsciente, durante toda su vida. Ahora está sufriendo terriblemente y, siendo un hombre de buen corazón, le gustaría evitar a sus hermanos la misma suerte, y le gustaría que Abraham les enviara a Lázaro para sacarlos de su letargo. Abraham responde: "Es inútil. Son inconscientes. Tienen a Moisés, es decir, la Ley y los profetas. Si no los escuchan, tampoco escucharían a alguien que resucitara de entre los muertos.

Como he dicho al principio, estos cinco hermanos del hombre rico somos nosotros. Y no sólo tenemos a Moisés y los Profetas, sino también el Mensaje de Jesús y su Evangelio. Si probablemente somos muy pocos los que vivimos en tal esplendor como el hombre rico de la parábola, probablemente también son muy pocos los que viven en tal miseria como Lázaro. Pero el hecho es que, hoy como en tiempos de Jesús, y probablemente aún más, hay una brecha entre los ricos y los pobres. Desde hace varios años, especialmente desde el rápido avance de la economía neoliberal a escala mundial, esta brecha se ha ido ampliando, tanto dentro de los países como entre ellos. Según datos del Banco Mundial, actualmente hay más de mil millones de personas que viven por debajo del nivel de pobreza absoluta (con menos de un dólar de ingresos al día). En nuestro país, muy pocos de nosotros, creo, pertenecemos ni a los más ricos ni a los más pobres; pero todos pertenecemos a uno de los países ricos, mientras que la gran mayoría de los pobres están en Asia o África.

¿Somos inconscientes, como el hombre rico del Evangelio de hoy, o somos conscientes de todas las desigualdades en las que vivimos y de las que probablemente nos beneficiamos? ¿Hacemos algo al respecto? Juan Pablo II, hablando en las Naciones Unidas en octubre de 1979, aludió a esta parábola del hombre rico y el pobre Lázaro y concluyó que era "urgente traducirla en términos económicos y políticos, y en términos de derechos humanos, de relaciones entre el Primer, Segundo y Tercer Mundo". Preguntémonos qué estamos haciendo y qué podemos hacer para trasladarlo a nuestra vida cotidiana.

Armand Veilleux